

Craberno 7-6

COLECCION ARIEL

Setiembre
1915

COMO MIRA EL POETA A BOLIVAR

UN día se apodera del poeta el anhelo de lo ignoto, y evoca el genio de la Historia. En vuelo hacia los tiempos idos conduce hasta las forjas romanas todo el bronce que ha recogido, para fundir en él el alma de una estatua: la estatua de nuestro padre Bolívar.

Y evoca la epopeya americana; y ve lo que fué la Independencia: un ensueño de hombres agitados del espíritu de aquella diosa que escanció en cincelado vaso para el filósofo antiguo el divino coloquio de *La República*; una tribuna ocupada sin cesar por oradores férvidos; un circo de los tiempos antiguos lleno de mártires despedazados; una historia entera desbaratada a cañonazos; y sobre el cuadro

portentoso y épico, un hombre. ¡Y ese hombre era Bolívar!

La palabra vuela, cansada, para decir lo que fué él: predecir, luchar, vencer, crear, orar, gemir, cantar, rugir, maldecir, convencer, soñar, padecer, agonizar, morir... Morir, no como quiera, sino como la columna dórica cansada de llevar sobre sus hombros el peso inmenso de las naves; contemplando cómo España ataba de su escudo a la fiera soberbia y melenuda, y dejaba volar, a cobijar el nuestro, con la sombra sagrada de sus plumas, esa ave libre que gusta de armar su nido sobre el pico más alto de las sierras.

Y esa fué la visión del poeta. El vió al héroe mártir; y supo contemplar su perfil vencedor sobre el muro negro y derruido de los tiempos que fueron; y su gesto aguileño y su abrazada tez y sus mismas quemadoras pupilas en que reverberaba el rojo sol del combate. Y vió cómo, al acompasado galopar de su caballo, la tierra brotaba soldados que iban formando, asu espalda, como la cauda inmensura-

ble de un cometa; y cómo iba llevando, de monte en monte andino, los incendios de la guerra y la voz de Dios....

El poeta tomó esos rasgos esenciales y fué a llevar a la fragua volcánica el sagrado crisol que contenía el bronce futuro de la estatua inmortal. Inmortal... porque Bolívar vivirá mientras la lengua castellana nos esté pregonando en América, en las estrofas del poeta, un pasado glorioso y un compromiso para lo futuro.

GUILLERMO VALENCIA

(*El Figaro*. Habana.)

DIOS PROTEGE A LOS NIÑOS

(Del francés.)

NIÑO, no creas que Dios no piensa en ti porque eres débil y pequeño.

Más pequeño es el pajarito que revolotea oculto en los zarzales, y Dios le viste y alimenta.

Dios baja a la casita de la abeja, y cuando ésta se va, él cuida sus barrilitos de miel, guardados en el hueco de un roble.

Dios protege al diminuto insecto, escondido bajo una brizna de hierba.

Dios está en todas partes: lo mismo en la choza del pobre que en el palacio del rico, y a sus ojos no vale más una estrella que el huevito de un colibrí.

Si duermes, él está junto a tu cama, y guarda tu sueño.

El vela sobre ti, como vela sobre el

árbol, al que calienta con su sol y refresca con su lluvia.

A toda hora extiende su mano sobre tu cabecita para protegerte. Confía ¡oh niño! en Dios. Y serás fuerte y bueno, porque de él vienen toda fuerza y toda bondad.

ALBERTO MASFERRER.

LA ODA A LOS PADRES DE LA PATRIA

REINA la paz entre los argentinos...
Contemplo la concordia de los hombres,
la justa imbricación de sus destinos,
la mutual armonía de los nombres,
la energía solemne de las urnas,
el fermento de las resoluciones,
y laboriosamente taciturnas
las frentes graves de las vocaciones...
Mi individual dolor se desvanece
como hoja seca en selva que florece.

¡Oh, Dios! pienso en los hombres que han vivido
cuando en la Nada estaba mi latido,
cuando como en la cuerda está la nota,
cuerda nunca pulsada, el ser dormía
latente y vago en la tiniebla ignota,
insospechado en la tiniebla fría...
Y Ellos... ¡cumplían su deber! que uncidos
a la aspereza de un humilde estado,
cada cual en su sitio, como un diente
de engranaje en el hueco respondiente,
por una misma voluntad unidos

como echa el viento el trigo a un mismo lado
se amaron en razón de este prestigio;
dos manos juntas bajo un gorro frigio.

Llevaban, pertinaz, la iniciativa
en la pupila como lumbre viva;
su hora de reposo era un perfecto
ángulo de mensura de un proyecto.
Uno escarbaba en la naturaleza
la utilidad que en ella se apereza;
otro organiza, acuerda y anticipa
la ley, que sólo es ley cuando emancipa;
quien, sacudido del dolor de Apolo,
juntaba a todos en un templo solo;
y otros, vidas cordiales y serenas...
tienen igual deber las azucenas
que hacen claros los ojos que las miran
y perfuman las manos en que expiran.

Por ellos nuestro pan arraiga el gusto
suave y fácil de cosa que en derecho
se posee y recibe nuestro lecho
el peso de la paz de un hombre justo.
Por ellos se remansan las miradas
en proporciones como musicadas
y se despierta en familiaridad
con su viril confianza, la bondad.

¿Quienes fundan la estirpe? Aquí, el primero
el hombre que primero en esta tierra
llevó la carta que el abrazo encierra,
el chasque que en hipante parejero
el incierto pavor de la distancia
cruzó llevando a la cintura opreso
un pedazo de idioma en que confeso
se prolongaba un eco de constancia
una angustia lejana, acaso un beso.
El puso pensamientos frente a frente,
a charla familiar trajo al ausente
y el llano calmo unió al agudo monte.
¡A cuántos fué su aparición, suspensa
allá en la indecisión del horizonte
del dolor de estar solos recompensa!

Y salga aquel que espíritu afinable
puso en la pampa abierta el alambrado
y circundó su esfuerzo en la inviolable
seguridad del término marcado.
En la extensión de vaguedad indivisa
todo está errante como en el desierto;
la vagabunda planta que allí pisa
no está tranquila y el derecho incierto
tiene el fugaz capricho de la brisa.
Brava yalzada la perdida hacienda
defrauda al hombre su opulenta ofrenda.

Estérilmente en su salvaje estado
se embastece la estampa del ganado.
Y nadie goza el previsor orgullo
de saber el valor de lo que es suyo.
El pedestal primero de la vida
libre es la propiedad. La patria es hecha
de propiedades: y jamás la olvida
aquel que en algo siembra o algo techa.
Grande es aquel que hincando la medida
con el poste en que paran los enjambres,
rayó la pampa con los cuatro alambres.

Pero más grande el otro que sediento
de la confusa entraña de la tierra
sacó a la luz el óptimo elemento.
La sangre de cristal sacó a la sierra
y el suelo yermo como la ignorancia
recibió con su pecho calcinado
el redimido surtidor, alado
de pronto como un vino que se escancia
solo y protesta en súbita arrogancia
la oscura eternidad de su prisión...
¡Música nueva en la desolación
de los paisajes tristes y marchitos,
el agua, el agua *pioneer*, redención,
de los paisajes foscos y malditos!
Y este es el reino de su maravilla

porque ella hinchó la exótica semilla,
constituyó esencial a la argamasa,
regó los corredores de la casa...

Porque ella en el país sólo alternado
por el sol en la arena difractado
trajo el carnero de los ojos de oro,
con su cabeza de bigornia el toro,
el caballo de oreja pronto erguida,
el perro al que un galope sobresalta
y se adelanta a toda bienvenida,
el flamenco rosado que resalta
en los charcos dormidos como una
pálida rosa en límpida bandeja
y la colmena grávida que aduna
rumor de lluvia con rumor de queja...

Rindióse el hombre en un recogimiento
culminante en los años y divino
cuando, hélice en el mar azul del viento,
giró la rueda del primer molino.

Bien vale un verso el que primeramente
puso un eje de acero a la carreta,
la carreta que áspera y gimiente
a su pobreza indígena sujeta,
reptaba en la sin fin llanura yerma
tarda y difícil como bestia enferma.
Pero hubo alguno que alivió la enorme

rueda atascada de su propio peso
y en llanta fina la encerró, conforme
al ligero vigor. ¡Hierro, progreso,
Hierro fundamental y activo en donde
un invocado porvenir responde!
Se crea y limpia en la fornalla roja
como el artista en la miseria crea,
y es fino pero fuerte, como idea
que no por ser sutil su fuerza afloja...
Recuerda al hombre por quien ves hogaño
cruzar por los macizos alfalfares
donde la juvenil edad del año
se cuaja en leve floración violeta
o en los caminos que tentaculares
rasgan el verde igual con tersa veta
cruzar como libélulas ligeras
ves tálburis, volantas, jardineras...

Hay algo que une más que una bandera,
más que un conciliador paño celeste
que en los aniversarios sombra preste
sobre rica mansión, taller, tapera;
hay algo que une más que a comulgantes
el Pétalo de lirio de la Forma;
más que el idioma que es cincel y norma
de las Promesas siempre tremulantes
ed emoción sobre el tiempo y la desgracia...

Es el camino en que el trabajo espacia
far and wide su impulso. ¡Los caminos!:
nervadura de unión que imprime al suelo
la sensación de la presencia humana.

Prolongan en la mansa y silenciosa
libertad de los campos bajo el cielo
la colmenar agitación urbana,
y en su vinculación todos vecinos
no queda solo el solitario duelo
ni se afinca el placer porque rebosa
por ellos, general y desbordante.
Quien dentro de secreta frente esconde
la aventura posible, allí, inquietante
se va el camino gris ¡quien sabe adónde!
Todos se acuerdan dél cuando se espera
de la mano del Júbilo al ausente,
todos están en él cuando inclemente
la materna región arroja afuera
inhóspita su propia prole herida...

Parte desde un umbral cual bendecida
prolongación del alma del hogar
y parece que en él se prolongara,
(¡queda, sutil y lánguida algazara!)
el rumor de la charla familiar
o el zumbido astillado del telar.
¡Ah, pero son magníficos! Magníficos
cuando pomposamente la opulencia

predial derrama en ellos los muníficos
rebaños, y vibrando en la querencia
responde a la ternura del balido
la pena lenta y honda del mugido...

Los rebaños: la vaca resignada
que se detiene y vuelve la cabeza
con lástima en los ojos empañados,
el carnero que embiste el aire en cada
sombra alada al sentir que la ufaneza
maternal de celosa golondrina
le arranca en sus revuelos alocados
la hilacha suelta de la lana fina
para el nido que amparan los tejados,
y el caballo que en cónica carrera
carga el tirón final que ha roto el cincho
y la puja que ha roto la pechera
en el trémulo bronce del relincho...

¿Qué rumor de tormenta más fecunda
que aquella tempestad sorda que inunda
el tráfico gregal en los caminos,
oblación de vigor a los destinos
insospechados de los argentinos?

Diga quien vió una tarde declinante
mover en los caminos cenicientos
las parvas de heno en los camiones lentos
que penetrando en el confín distante
parecen majestuosa serranía,

diga si olvida esa melancolía
que desde el fondo de una tarde agraria
le sigue como sombra solitaria.

Laudativa emoción me agranda el pecho
cuando en la soledad de tierra nueva
veo blanquear simétricas y agudas
las carpas de los peones camineros.
Ellos los sin hogar, que dejan hecho
un paso a los hogares, los que en prueba
de haber pasado con sus obras rudas
fundan tras sí perennes derroteros.
Pero un hombre existió, hoy ignorado
en el claustro sombrío de la historia,
que el primero dejó un bache colmado
y el pantano avenó; luego apoyado
en su confianza fuerte y placentera,
miró el camino inaugurado qu'era
la ruta inaugurada de su gloria.

Como columnas son de gloria anónima
los eucaliptos. Raza de columnas
a la que falta la expresión epónima
de quien un día, dúctiles alumna
fueron; pues, tallos frágiles había
uno que su principio sostenía
en la tierra de plata. Uno que trajo
de una ignota comarca de la Australia

la semilla que encierra el eucalipto
como un sáfico solo, encierra un alma...
¡Arbol de majestad!: suena debajo
de él como en un templo la sandalia,
él, siempre en el azul como un proscripto
al alto azul por su grandiosa calma.
¡Arbol con la presencia de los dioses!
En su fronda sombría son las voces
de la progenie alada salmos graves,
la crepitante fronda, fronda de hoces
donde duermen las nubes con las aves...
Todo su alrededor parece un atrio
para que eleve él sólo su colosa
rectitud, erguimiento en que reposa
la recia majestad del campo patrio...
¡Haya en lugar de piedra y signo inscripto
en mi llorada tumba un eucalipto!

La obra, que es la idea regazada,
en innúmeras formas reconcentra
la armoniosa mecánica del músculo.
Sólo el hombre dispone la educada
fuerza en obra prevista; él sólo encuentra
que como una esperanza sin crepúsculo
la renovante forma de la idea
la nueva acción de nueva fuerza crea...
Quien disciplina el álacra cohorte

de alados seres que en las frentes moran
educa la justeza de su porte,
arma de persuasiva gracia al gesto
y los músculos ciegos incorporan
la docta dirección que marca el puesto
de su fuerza en el límite dispuesto...
Miremos al que mueve en sublevada
agua el ala del barco, el ágil remo,
al que abre en incisiva cuchillada
el cogote berreante del becerro,
al que amasa y enforna el pan supremo,
al que golpea el rutilante hierro,
al que levanta isócrono martillo,
al que encaja en la tierra dividida
médula de la paz, la cañería,
al que engarza la piedra en el anillo:
beso perenne en mano prometida,
al que en alta techumbre o campanario
es, con ojos vultúridos, vigía
que apronta agudo grito salutarío,
al que junto al tumulto maquinario
tiene en la diestra estopa o aceitera
de penetrante pico de cigüeña,
al que va en la oración a lá carrera
con larga vara de flameante punta
y enciende los faroles, al que ordeña
la vaca del cencerro lastimero,

y al que con latigazo cohetero
ensoberbece percherona yunta...
Todos ellos unánimes resienten
el imperio vital de un pensamiento,
todos un implacable mandamiento
utilitario y tácito consienten.

Pero en más bello cauce se arteriza
con un desinterés alegre y sano
y en espontánea libertad sonrisa
el noble exceso del esfuerzo humano:
Digo el deporte en que la maravilla
corporal se aligera en regocijo
como se goza el alma en la sencilla
alegría de feria popular,
y burla en devaneo la ejemplar
rigidez del deber y horario fijo.

Y el deporte es así: es disciplina
natural y graciosa. Natural
como el canto de alondra repentina
volando en la sonrisa matinal...
¡Canto la prez del juego a la pelota,
la arrogante salud que en fuerza explota!
¡La clara vastidad de los frontones
donde las voces son aclamaciones;
el va y el venga, el saque, el uno a cero
que suenan como golpes en acero,
que infunden en el pecho eco latrante;

el muro, monumento resonante
que marca con un grito de victoria
el vigor de la mano proyectoria
que limpia, o con la cesta, o con la pala,
tiene el impulso súbito del ala;
saltatriz y violenta la esferilla
de verga y encerada cabritilla,
inesperada, ubícua, sagitaria,
ligera y fuerte, leve y lapidaria;
y el salto y la carrera y el anhelo
que como lanza audaz le para el vuelo!...
Honro al hombre que trajo el ejercicio
alegre y franco y canto el beneficio
que de rejuventud al joven dota.
¡Honro la prez del juego a la pelota!

Pero más que el trabajo renovante
que entretiene la espera que es la vida,
pero más que el deporte equilibrante
que es música en vigor aparecida,
y más que la moneda de los justos:
la buena voluntad; signos robustos
decoran la riqueza memorable
de la Nación, como en escudo noble
el azur, el sinople, el gul, el sable,
bestia rampante torrëón y roble.
Son rúbricas que en grave documento

por voluntad de pueblos federados
suprimen las aduanas interiores...
¿Cuándo a todos un mismo pensamiento
y un mismo nombre nacional abraza
y tienen suelos patrios cosechados
y un corazón que colman los dolores,
cuando por la cultura igual son raza
y una igual caridad los llama hermanos
y de una igual manera dicen ¡juro!
como de igual manera dicen ¡amo!
serán la dura obra de sus manos
el fruto del negocio y el maduro
fruto del árbol o industrioso ramo,
extranjeros allí donde a los hombres
un mismo nombre nacional abraza?
¿Allí, en el patio mismo de su casa
gritará la alcabala ¡no se pasa!?
¿Y tierra igual, cortada por dos nombres
será hostil entre sí?... ¿En la bandera
el blanco y el azul se cruzan guerra?
¿Nadie podrá bajar de la alta sierra
el pino agudo que será piragua,
ni bajará la balsa libremente
sin que el ogro fiscal grite ¡detente!
frente al tranquilo progresar del agua
que ábamos mira, palmas más allí
y más lejos los pinos misioneros

y torva confusión del tacuarí?
¿Tendrá castigo el poncho calchaquí
porque se junta en un telar lejano,
y la tinaja del licor cuyano
se quebrará en el límite fronterero
por que viene de casa de un hermano?
¿Se habrá de ver desierto el natural
camino de los ríos y el umbral
del puerto natural encadenado
y el derecho de tránsito vedado
del suelo ¿para qué reconquistado?...
Los que crean no saben detenerse
en la alameda vaga de la historia;
la voz del verso sin embargo fuerce
al creador en obra de memoria,
y rememore y surjan en su frente
los nombres que firmaron la gran Acta,
como en las plazas públicas el día
en que la nieve cae tenazmente
surgen sobre la sábana compacta,
sobre la blanca y gris monotonía
bajo los foscos cielos invernales,
los monumentos en los pedestales.

Coronas que eternizan en las frentes
la forma de los brazos cuando abrazan,
gajos apasionados que entrelazan

el aclamante grito de las gentes,
coronen proras. Y coronen proras
que arando soledades mugidoras,
en la concavidad tesorizante
trajeron más tesoro y maravilla
que aquel que se llevaron al Levante
con las frontales joyas mejicanas,
con las pálidas perlas antillanas,
con los racimos de la cochinilla,
con el quetzal hurraño y majestuoso...
En buen día y minuto venturoso
el pardo Estuario atravesando, a terra
la quilla que primera en nuestra tierra
trajo un libro de versos... ¡Fiebre santa!
que levanta la carne cual se encorva
la espalda del león. ¡Arma que canta!
y rompe al hombre la potencia torva
de la perversidad; desgarrar al Diablo
que en la naturaleza humana incuba
los huevos de la Ira. Gran venablo
cuya punta sutil es el vocablo
cargado de sentido que si hiere
hiere en el sitio aquel que nunca muere
y lo hiere de amor para que suba
donde todas las almas se confunden
en la Unidad!... Oid: las almas se hunden
en tu sombra de oro, Poesía,

cual paisaje de pinos y de nieve
en la sombra de plata de la luna.
Y su esencia inmutable que rocía
una flotante claridad de estrella
comprende todo y como un ala leve
cruza el pavor de una región tan bella
que nunca la cruzó presencia alguna
conscientemente... Oid, cómo se siente
(como el antiguo trípode elocuente),
resonar en el pecho de la Musa
simbólica, el fatal latido pánico,
el del mar, el del campo y el uránico
desde una eternidad. Oid, confusa
rompiente de una ola de sollozos,
y canciones de cuna y alaridos
y el fragor de metales laboriosos
y el fúnebre vagar de los vencidos.
¡Porque es eterna! Y como Eterna trae
en pie la altura que en el tiempo cae.
Su diestra permanente, original,
fértil como la tierra primordial,
conduce con firmeza oracular,
segura como un río que va al mar,
a un nuevo fin, principio de otro fin...
¿Quién ignora que existe? Quien ignora
que se abraza, se espera, que se llora,
que por diciembre hay flor en el jardín.

Porque Ella es sentimiento. Y es su perla
la lágrima, la risa su collar
y la pasión el férvido telar
que enaltece su mano. Para verla
la carne transitoria se traspasa
con los siete puñales de las siete
virtudes. Se hace templo y se hace casa
de voluntad que le señala el cielo
como el angel de piedra en los sepulcros.

¡Mejoramiento espiritual, anhelo
de admonición constante y excitante
cual repetido golpe de florete,
invisibles cinceles, finos, pulcros,
que tallan, pero a golpes, el diamante
de esta satisfacción insatisfecha
que es la Vida, encadenada a todo:
en la humedad vital unida al lodo,
en su renovación nunca deshecha
unida al armonioso movimiento,
y unida al Tiempo por el pensamiento...
La poesía es como punta aleve
que estéril calma sin cesar conmueve
con redentora crueldad. Inyecta
la fiebre por las cosas esenciales;
encaja un nervio en el vigor dormido
con la firmeza de una línea recta
y llena el corazón de los mortales

con el letal terror del negro olvido
macizo de mutismo irrevocable.
¡Daimon de luz, el hombre que nos trajo
el ligero, sagrado y venerable
verso violento de inquietud, que bajo
música sirenida vierte envidia
emulatriz! ¡Divina en su perfidia!

Recojo los pendones de la oda
y este es mi voto, Patria: Que tu suerte
en las obras sencillas se haga fuerte,
como en mísero nido se acomoda
el águila. Tu fuerza ensamble toda
en deber cotidiano. No una diosa
te llames y te engañes de pomposa
fiesta. Sé como un hombre, como un hombre
con las obligaciones familiares
y con la utilidad de sus pesares,
con el día apretado de simiente
como una granada. Que tu nombre
tan metálico, límpido y sonriente
suene a verdad austera y a palabra
de honor. Y por ti juren los varones.
Respétate, que así tu mano labra
tu propia y exclusiva recompensa.
Regocíjate en ti, como el que piensa.
Tu sextuple millón de corazones

tenga la integridad de los pilares.
¡Tan maziso pilar pide la raza
de las virtudes! Amate en tu casa:
alégrate en la furia de tus mares,
alégrate en tus grandes parlamentos,
en el áspero son de tus trigales,
en los mandatos de tus tribunales,
en las asociaciones y esponsales,
en tus auroras y en tus nacimientos,
alégrate en tus pinos y tus vides...
No te quiero tan próspera que olvides
el difícil Deber. Y no te asombre
que se mueran las patrias como el hombre...
...¿Qué pastor colosal en la tiniebla
suprema empuja los rebaños de astros?
¿qué báculo fatal lleva la niebla
de Galaxía? ¿quién borra los rastros
en el sendero inánime de Cronos?
¡Quién que sea te libre de los males
y aparte de tus hombros maternas
la formidable garra que se abate,
tremenda, insospechada y sin combate,
en las Dominaciones y los Tronos!

ENRIQUE BANCHS

(*Nosotros.* Buenos Aires.)

EL IDEAL DE MLLE. HENRIETTE

—“¡Au revoir, mademoiselle Henriette, au revoir!”

Yo oí bien; la señora la despidió así en el muelle... aquella señora robusta, parlanchina, que llevaba un collar de perlas, posiblemente verdadero, y un sombrero imposible, imposible, como aquellos tacones que le echaban su fuerte humanidad para adelante y la hacían andar en la punta de los pies, y con movimientos de pato... Yo oí bien: “Au revoir, mademoiselle Henriette...”

Y aquí, en la lista de pasajeros, me encuentro con que mademoiselle Henriette se llama Mme. de... Y a la verdad, el aspecto, la manera de mirar, antes bien, seria, grave, más que de una señorita, a pesar de la juventud, son de una señora...

Va sola, en camarote de lujo... No se habla con nadie. Come en una mesita, solitaria. El tipo es de criolla. Morocha, cabellos negros y espesos, ojos ardorosos, con grandes ojeras; cuerpo firme, rico en realidades; criolla o ar-

gelina, pensé yo... Luego resultó que no comprendía una palabra de español...

Las familias hispano-americanas que van a bordo, la miran con cierta prevención... Aunque ella no se muestre sino como un modelo de recato, algo se sospecha... Ninguna dama ni damita la busca; se pasea sin mirar a nadie; y en su silla de cubierta se tiende a contemplar el mar, o a leer alguna novela francesa.

Había puesto el libro abierto sobre las rodillas... Tenía un aire melancólico... Estábamos solos en un extremo del barco; adonde yo había ido a dejar vagar la mirada por el horizonte.

De pronto, sin poderme contener, dije, como distraídamente:

—Mademoiselle Henriette...

Sorprendida, me miró con una expresión de recelo...

—Monsieur...

—Perdóneme, le dije. Sé que cometo una indiscreción; pero la curiosidad humana, primero, y sobre todo la curiosidad literaria... Yo bien sé que en la tarjeta puesta en la puerta de su camarote y en la lista de pasajeros aparece usted con el nombre de Mme. de...;

pero, al mismo tiempo, no puedo olvidar que una señora que llegó a despedir a usted a bordo, la llamó Mademoiselle Henriette... Ante un misterio, el instinto del periodista, o del escritor... usted comprende... Luego, la belleza extraña de usted, la distinción... Así pues, madame o mademoiselle...

—Mademoiselle, me interrumpió sonriendo.

Al poco tiempo nuestra amistad se había afirmado. La conversación de la joven me había interesado; no se trataba de una mujer común, más bien de una joven que hubiera recibido una educación cuidada y una instrucción notable. Su voz era suave, entre sedosa y cristalina, y en sus labios muy encarnados, sin recurso del lápiz, aparecía, cuando hablaba, una sonrisa de sentimental...

Padeció un poco de mareo y tuvo que guardar cama. La atendí lo mejor que pude; le hice llevar a tiempo su tila, su champaña helada, su apollinaris... Sin interés, sin más interés que una cierta simpatía por esa ave sin compañero, con todos los medios para la consecución de la alegría, y, sin embargo, reveladora siempre de una íntima tristeza...

*

El sol iba descendiendo al horizonte, tras un grupo fantástico de colosales leones de oro, que se alzaban sobre una montaña azulada. En el mar blando iba tranquilo y casi sin movimiento perceptible el vapor. La iniciada amistad había llegado al capítulo de las confidencias... Verdaderas o no, ¿qué me importaba? ¿Y qué propósito había de tener en engañarme, en narrarme cosas inventadas, en hacerme creer patrañas, esa pobre mujercita? Yo le creí todo completamente; no dudé un instante de su sinceridad, y, en los pasajes conmovedores, según mi consuetudinario sentimentalismo, sentí que se me humedecían los ojos, con la bienhechora y sedante irritación de las lágrimas... ¡Incurable modo de ser!... Cuestión de nervios...

Había nacido en una provincia francesa. Hija de industriales ricos, ellos se esmeraron en educarla convenientemente. Desde niña fué muy aficionada al sport. Ahora mismo, en Europa, ella manejaba sus automóviles... En su casa se hacían, desde su adolescencia gentil, sueños dorados, un matrimonio "muy bien", un marido de prestigio y de fortuna, si no con título... "Pero sin saber cómo ni

cuándo, impensadamente, apareció el anuncio de la ruina; llegó la ruina... Todos los negocios se vinieron abajo, y con ellos todos los castillos en España... o en el aire... Nos quedamos en la miseria... Papá murió de pena... Mamá le siguió poco después... Yo quedé sin apoyo ninguno... Es decir, sí, me quedó un protector, un amigo de papá, que acabó de costear mi educación, y que luego... Lo que tenía que suceder, a pesar de la diferencia de edad, se enamoró de mí...

...Me llevó a su casa, me vistió como a una princesa... Se desvivió por complacerme en todos mis deseos y caprichos, y luego, hablando con claridad, fatalmente, necesariamente, fué lo que tenía que ser: fuí su querida..."

—“¿Pero usted ha amado ya?... Quiere usted a su amante, que desde luego, veo que es un hombre generoso...”

—No, no he amado... ni creo que pueda ya amar... Y, sin embargo, ¡estoy tan joven aún! Encuanto a él, es un excelente hombre, un hombre que no puede ser mejor, por carácter, por distinción, por corrección... Pero... ¿cómo explicarle?... Para mí yo necesito otra cosa... un amante que haga locuras de amor, que me

ame como yo creo que se debe amar... Y eso, estoy convencida, no lo hacen sino los que son muy jóvenes, o los que son muy viejos... ¿Comprende?... Y él no es suficientemente joven, ni suficientemente viejo... Y él lo sabe... Me deja, en absoluta libertad, viajar, distraerme, porque comprende que de otro modo sería todo imposible... No hay mutua condición de amor... Yo veo en él algo como mi padre; él ve en mí algo como una hija suya... Y tiene el talento y el buen gusto de no querer imponerme a la fatalidad y de no ser celoso...

Se quedó en silencio, mirando largamente el mar.

*

—Pero, en fin, usted es joven, está en lo más florido y fragante de sus años, sin que sea una chiquilla inexperta... Algún ideal debe de tener... No ha de pasar la vida en solitarios y poco gratos viajes, aunque, permítame usted que lo crea, dada la libertad de su espíritu, dando alguna vez, cuando le viene en voluntad, satisfacción a su capricho...

—¿Sí, tengo un ideal? Ya lo creo que lo tengo. Escuche usted: mi ideal es, si ya no el amor, que veo imposible y destruído antes de que pudiera nacer, por el tiempo y lo fatal de

la vida, lograr un cariño, un afecto, y apartarme del bullicio de las ciudades, e irme al campo a cuidar mis flores, mis gallinas, mis pavos, mis patos, hecha una "fermiere", en una existencia pacífica, en espera de la vejez .. Y, sobre todo, tengo el horror—me dijo, y transformó su cara un gesto de espanto—el horror de que llegue a morir en la soledad, en el abandono, sin que haya quien me cierre los ojos... ¡Oh, sería horrible!

En su faz, cuando calló, se advertía una palidez de marfil dorado, en donde se reflejaba el perlado rosa del crepúsculo... ¡Sugestiva dama! Burguesa, pero ¡cuánta nobleza en el rostro, en el ademán; y cuanta elegancia, maneras de gente "nacida", y el timbre de la voz, y lo nocturnamente luminoso de sus ojos negros... En algún momento, mi pegaso, si gustáis, llegó a piafar... Y mi fantasía... Una alma como esa, ayuna de afectos, viviendo sin el incomparable consuelo vital de otra alma hermana... Y la cultura que se reconocía en toda su persona, su deseo de sanas realizaciones, la cordura de su modo de pensar, que se diría de una mujer hecha para la familia, para el "home, sweet home"... Indudablemente, pasan cosas en la vida, injusticias de la suer-

te... ¿Por qué esa pobre joven no podría realizar su ansiado ideal?... Y para cambiar de conversación:

—¿Dónde va usted a desembarcar, señorita...?

—En el primer puerto, en Lisboa... De allí tomaré el Sur-Expreso para París, y luego iré a Burdeos...

Durante todo el resto de la travesía nadie tuvo que decir nada del comportamiento de la francesa, la cual continuaba siempre muy seria, muy "chic" y muy distinguida. Solamente uno que otro pasajero solía dirigirme alguna broma respecto a mis atenciones y asiduidad con la dama bella de los ojos oscuros.

Llegamos, por fin, a Lisboa. Después de las visitas de sanidad y de alfandega, los pasajeros, sustituidas las gorras por los sombreros, y listos para ir a tierra, aguardábamos la llegada de los vaporcitos que debían conducirnos. Mlle. Henriette apareció, hecha un grabado de modas, y cerca de sus baúles y valijas, finos y flamantes, como si acabasen de salir del almacén.

En uno de los vaporcitos que rodearon la escalera del barco, venían como hasta cuatro

muchachas y una vieja flaca, vestidas modestamente, y que parecían familia de trabajadores acomodados. Todas comenzaron, al ver a la francesa, a saludar con los pañuelos, con las manos, con las cabezas, y a hablar, a un tiempo, en una jubilosa algarabía... Mlle. Henriette se olvidó por completo de las personas de a bordo, y comenzó también, muy contenta y risueña, a saludar a las recién llegadas.

—“¡Oh, menina!”—gritaba la vieja.

—“¡Oh, menina, lindo passeio!”—gritaban las muchachas.

—“¿E meu pae?”—clamó en el mejor idioma de Lusitania, la encantadora francesa.

—“Ficó a casa, Gracinda,”—contestó la mamá...

¡Conque Gracinda...? Ni Mme. de... ni Mlle. Henriette, la del ideal... Y luego, hasta había sido portuguesa!...

¿Pero qué necesidad de mentir tendrán todas estas mujeres?...

RUBEN DARIO

(*La Nación*. Buenos Aires)

La Doctrina de Monroe en un aspecto nuevo

Interpretación original y amplia de la Doctrina de Monroe hecha por el Dr. Santiago Pérez Triana en el discurso memorable que pronunció en el banquete ofrecido por la Cámara de Comercio de Boston a los Delegados de la Conferencia Pan-Americana. (Traducido del *Herald*, de Boston, de 20 de Junio de 1915, por Luis Tulio Bonafoux.)

DESPUÉS de varios días de sesión en Washington y de un viaje al través de varios Estados y ciudades de la Unión, la Conferencia Financiera Pan-Americana termina aquí esta noche. Es oportuno recapitular sumariamente en esta coyuntura los hechos principales relacionados con esa Conferencia, y llegar a algunas conclusiones acerca de sus propósitos y de su significación. Fué convocada por el Gobierno de los Estados Unidos, y todas las naciones del Continente aceptaron la invitación con presteza. Otras Conferencias Pan-Americanas han tenido lugar antes, pero el alcance de ellas no fué limitado al estudio de asuntos específicos, como ocurre en el caso presente. La Conferencia actual fué convocada con el fin exclusivo de mejorar las relacio-

nes financieras. Se podría haber dado por sentado que esta Conferencia había de tener menos importancia que las anteriores, pero ese no ha sido el caso.

Circunstancias de la historia que van haciendo los contemporáneos, tanto dentro como fuera del Continente, han contribuido a dar a esta Conferencia un carácter trascendental e histórico. Las condiciones de la vida internacional y nacional en los países americanos habían llegado a un estado de madurez propicio para las transformaciones fundamentales.

La guerra europea, trastornando repentinamente o destruyendo en su totalidad el concierto industrial y económico establecido de larga data, había creado la necesidad imperativa de hacer recomposiciones que no solamente ocuparan el lugar del anterior estado de cosas, sino que suministraran nuevas formas y nuevos métodos libres del peligro de que vuelvan a ocurrir las calamidades presentes.

En la América Latina—con una sola excepción—las naciones habían alcanzado ya su mayor edad, es decir, esa condición de estabilidad indispensable para cualquier participación permanente y fructuosa en los asuntos

internacionales. Por otra parte, la posición de los Estados Unidos era tal que podían extender sus actividades económicas e industriales más allá de sus propias fronteras. Si al estallar la guerra el estado de intranquilidad parcial o total hubiera prevalecido en la América Latina, o si las condiciones de vida de los Estados Unidos los hubieran retenido dentro de sus propios límites, las mejores intenciones del mundo no hubieran bastado para establecer una cooperación práctica y fructuosa.

Los dos rasgos esenciales en las dos secciones pueden resumirse respectivamente de esta manera: Los Estados Unidos tienen un excedente de capital y un excedente de producción y, sobre todo, están equipados para aumentar indefinidamente esa producción; la sección latina del Continente, tomada en conjunto, posee fuentes intactas de riqueza natural, está escasamente poblada, no parece destinada por la naturaleza para ser un país manufacturero, carece de fábricas y requiere, para su desarrollo, emigración y capital. Este estado de cosas fué puesto en relieve por el actual conflicto europeo con una exactitud que tiene el carácter de una demanda perentoria.

La reunión de la Conferencia, convocada

exclusivamente con fines pacíficos que forman un contraste directo y deslumbrador con la locura de la guerra que domina la conciencia de los hombres en todas las grandes naciones del Viejo Mundo, es por si sola un acontecimiento cuya alta significación histórica salta a la vista. La ley escrita y las evoluciones normales de la vida dentro de la ley siguen siendo supremas a través de todas las naciones independientes de América. A este resultado no se llegó por una combinación feliz o fortuita de las circunstancias. Tuvo su origen en la previsión de los que crearon las instituciones nacionales de este país. Su previsión estaba ligada a la sabiduría. Tomaron la resolución indomable de que la justicia, tal como Dios nos permite que la entendamos y hasta donde dependa de nosotros, fuera la ley, la ley suprema de la vida, tanto para los individuos como para las colectividades.

Si en estos momentos de oscuridad e inquietud, América puede continuar su evolución normal hacia la libertad y hacia la justicia, ello se debe primordialmente a los principios fundamentales sentados por los fundadores de su libertad y de su independencia, principios que fueron proclamados por primera vez

en el Norte y adoptados luego en el Sur por cada una de las secciones, a medida que éstas completaron su independencia y comenzaron a vivir libremente.

El trabajo que hemos llevado a cabo en esta Conferencia forma un eslabón en la cadena de la historia. Las combinaciones económicas y comerciales pueden tener una importancia enorme, y la tienen en este caso. Pueden significar la exploración y la llegada de numerosos pobladores a grandes regiones desiertas hasta entonces; la redención de una nación débil y su transformación en comunidad próspera y dominante. Tan felices resultados han sido logrados repetidas veces en el curso de la historia. Nuestros esfuerzos tienen, sin embargo, miras más altas, pues el objeto fundamental de ellos es reforzar en todo el Continente el edificio de la libertad erigido por nuestros antepasados. Cualquiera omisión por parte nuestra de hacer en cualquier momento de la historia lo que ese momento requiera para la conservación de ese edificio, constituiría un pecado imperdonable; cualquiera concesión que hiciéramos a la tiranía en cambio de ventajas materiales, de poder comercial, político o económico, sería traicionar por completo

los ideales consagrados del patriotismo. De esta manera el adelanto en las relaciones financieras—el eslabón que tenemos que forjar en la actualidad—se convierte en una realidad viva identificada con el pasado, el presente y el futuro de nuestro Continente.

El 22 de Noviembre de 1822, los monarcas aliados de Europa firmaron un tratado secreto en Verona, mediante el cual se comprometieron a hacer cuanto en su poder estuviera para lograr la supresión del gobierno representativo donde quiera que estuviera establecido, y para impedir que se propagaran las instituciones representativas allí donde no existieran. El 2 de Diciembre de 1823, el Presidente Monroe hizo una Declaración que ha venido a ser una de las más portentosas y más preñadas de consecuencias en la historia del mundo. Sostenía en ella que, desde aquella fecha en adelante, los Continentes americanos, merced a la condición de libertad e independencia que han asumido y mantenido, no pueden ser considerados por parte de ninguna de las Potencias europeas como tierras propicias para colonizaciones futuras; que el sistema político de las Potencias aliadas de Europa es esencialmente distinto del de América; que

cualquier amago de parte de las Potencias europeas de extender su sistema a cualquier parte de este hemisferio, sería considerado por los Estados Unidos como peligroso para su paz y su seguridad.

La época en que fueron pronunciadas esas palabras coincidía con el período de calma que vino después de la Revolución Francesa y de las guerras napoleónicas. Los monarcas victoriosos de Europa no se sentían seguros en sus tronos; su visión de la vida estaba oscurecida por la procesión de los acontecimientos ocurridos durante los treinta años anteriores, acontecimientos que permanecían en la memoria de esos monarcas como una advertencia y una amenaza. Todas las tradiciones, todas las cosas sacrosantas de la vida, tal como ellos las concebían, habían sido pisoteadas en nombre de esa Utopía horrible llamada "Libertad," por intermedio de ese monstruo espantoso llamado "El Pueblo."... Era imperativo impedir en absoluto que volvieran a ocurrir semejantes calamidades; la libertad debía ser desarraigada como una planta venenosa, y el pueblo debía permanecer en una condición de servidumbre absoluta, de manera que no pudiera pensar en su-

blevarse, ni siquiera en sus sueños más fantásticos. Así entraron los monarcas en su pacto. En las páginas de la historia, la Declaración de Monroe se presenta como una respuesta al pacto monárquico. Y si se estudian esas mismas páginas de historia hasta nuestros días, no se necesitará una investigación profunda para fijar la evolución de los dos sistemas incorporados en los dos documentos.

La Declaración de Monroe cerró el Continente de América al sistema europeo, y consagró el Continente americano al sistema de la democracia. En Europa el sistema del equilibrio del poder prevaleció en todo el siglo diez y nueve y hasta la época actual; la catástrofe europea señala el resultado inevitable de un sistema basado en la desigualdad y en los privilegios.

Los Estados Unidos han cumplido con la palabra empeñada: el Continente de América ha sido mantenido libre de toda conquista europea. La Declaración del Presidente Monroe no es un tratado internacional, ni pretende proteger a los débiles e indefensos; se funda única y exclusivamente en la prosperidad y en la conveniencia de los Estados Unidos. Como esa prosperidad está identificada con la liber-

tad y la justicia, a la cual aspira la democracia, todos los elementos de egoísmo desaparecen en tanto que el elemento de la grandeza entra en la Declaración. Ahí está la calidad fundamental y esencial de todo lo bueno y excelente que entraña la Doctrina. La encina extiende sus ramas obedeciendo a las leyes de su naturaleza; sin embargo, da abrigo a los pájaros del aire y sombra benigna al viandante contra los calores del sol meridiano.

Al impedir que se introdujese el sistema europeo en el territorio de sus vecinos, los Estados Unidos no hacían en principio sino protegerse a sí mismos. En 1826, Daniel Webster, hablando en la Cámara de Representantes, declaró que la preocupación que causaría al Gobierno de los Estados Unidos el desembarque de tropas extranjeras sobre el Continente americano, aumentaría proporcionalmente según la proximidad en que estuviera la tierra invadida con los Estados Unidos; que una invasión en el Golfo de Méjico requeriría medidas rápidas y enérgicas, mientras que el desembarque de una fuerza extranjera en las regiones, entonces remotas del Plata, no exigiría probablemente sino una protesta diplomática. Las cosas han cambiado, sin embar-

go, desde aquellos tiempos; la región del Plata se encuentra hoy día más cerca de los Estados Unidos que el Golfo de Méjico en los días de Webster.

La Doctrina de Monroe ha salvado la soberanía de las naciones americanas del peligro de la conquista europea. En los cuarenta últimos años, las Potencias europeas han conquistado todo el territorio del Hemisferio Oriental disponible, hasta la última pulgada. Esas actividades militares y predatorias de Europa han tenido multiplicados objetos: han justificado, hasta cierto punto, los establecimientos militares y navales; han servido de puerta de salida para las energías emprendedoras y para el capital, aun por medio de las armas; han constituido una especie de válvula de seguridad para la presión cada vez más fuerte de los armamentos y los amagos de revolución subsiguientes. De haber sido posible continuar las guerras de depredación en el Hemisferio Occidental, la guerra europea actual no hubiera sucedido, y esas guerras de devastación se hubieran desencadenado con la furia de un huracán desde el Río Grande hasta la punta más al Sur del Continente.

La aserción proveniente de algunas regiones

—especialmente de la América Latina—de que las naciones ibero-americanas están en capacidad de protegerse ellas mismas, es futil e insostenible. La ley de la necesidad invocada por las grandes Potencias militares no reconoce más ley que la de la fuerza superior. ¿Qué fuerza superior podría oponer cualquiera de las naciones, o un grupo de naciones de la América Latina, a una gran potencia militar europea? ¿Qué podrían hacer para impedir que se desembarcase una fuerza de medio millón de hombres, escoltada por una flota de *Dreadnoughts*, las naciones ibero-americanas mejor organizadas, o las que, como la Argentina, Chile y el Brasil, tienen poblaciones más numerosas? Después de lo que hemos visto en los últimos treinta años—ataques verificados sin la menor provocación contra las poblaciones civiles, degüellos de multitudes indefensas en el sendero del conflicto territorial, y declaraciones de guerra hechas después del hundimiento premeditado de buques o del bombardeo de fuertes—¿puede asumirse siquiera por espacio de un segundo que la propiedad indefensa del débil no le sería robada por el fuerte sin remordimiento ni vacilación?

La Doctrina de Monroe, es decir, el princi-

pio de la inviolabilidad del Continente por parte de conquistadores venidos del exterior, debe ser inatacable, para lo cual se necesitan los esfuerzos unidos de todas las naciones del Continente. Las espaldas del gigante son anchas y el gigante poderoso; empero, para sostener esfuerzos tan vastos como el Continente mismo y coevos con los siglos que pasan, no se debe rechazar o ignorar ninguna cooperación honrada ni engendrar la menor hostilidad, por insignificante que parezca.

El antagonismo aparente entre los dos Continentes, Europa y América, no está en la naturaleza de las cosas, sino que se encuentra en las convenciones y en los intereses creados por los hombres. América no ha cerrado nunca sus puertas a los hombres como hombres, pero las ha cerrado, y continuará cerrándolas, al sistema que puede significar una amenaza a la libertad y a la democracia. El sistema europeo significa no solamente el sedimento de la opresión, sino que también significa los intereses creados y arbitrarios en contra de la democracia, que tratan de extender su dominio a otros países so pena de perecer en su propia tierra bajo la ola amenazadora de la rebelión popular. Re-

cuérdese que las naciones de Europa, sin una excepción, continúan pagando las guerras de Napoleón, así como también todas las guerras del siglo diez y nueve, y que en estos momentos están amontonando sobre las generaciones futuras deudas que las esclavizarán económicamente al través de los siglos venideros. Recuérdese así mismo que todo esto es un resultado de estos sistemas rechazados del Continente americano por la Declaración de Monroe. Puede verse así cuán trascendental es la Doctrina de Monroe para el Continente de América y para el bien de la humanidad.

Con el objeto de conseguir para la Doctrina de Monroe un apoyo absoluto en toda la extensión del Continente, es preciso llevar esa Doctrina al punto extremo de su desarrollo lógico. La Doctrina de Monroe ha cerrado eficazmente el Continente al conquistador europeo, pero no ha impedido el ejercicio de conquista en ambas secciones del Continente. No estoy formulando ninguna acusación; mi argumento es de carácter puramente analítico. Debe decretarse y pactarse entre todas las naciones del Continente que en el territorio de las naciones americanas no puede efectuarse

ya ninguna conquista, proceda ésta del hemisferio mismo o del exterior.

Dicha declaración, en cuanto toca a los Estados Unidos, ha sido hecha ya por su Presidente, y no debe suponerse que alguna de las otras Repúblicas americanas sea menos explícita. La inviolabilidad interna es el fundamento esencial de la inviolabilidad exterior. La idea de que la violencia y el saqueo—es decir, la conquista—son iniquidades en el extranjero y virtudes en el vecino, no merece ser considerada o aceptada por los pueblos respetuosos de sí mismos.

El Continente sabe que la justicia no es una cuestión de cantidad, sino de esencia; que el crimen no puede convertirse en virtud porque es perpetrado colectivamente, y que no hay poder humano que pueda dar a la iniquidad el carácter de patriotismo.

Al volver la vista hacia la historia de esta tierra, hacia los preceptos escritos de sus esfuerzos colectivos, y hacia la obra realizada, nosotros, los del Sur, creemos muy de corazón que esos son los principios que nos guían. No os llamamos perfectos, pues ningún hombre ha sido perfecto en este mundo, como tampoco ninguna nación. Pero creemos en la sinceri-

dad de vuestro propósito, como debéis creer en la nuestra, y podremos así darnos la mano e ir hacia el sol naciente. Si pidiérais adulación como tributo, mis labios permanecerían mudos y mi corazón se negaría a admiraros. Nos separamos llevando un mensaje de alegría para nuestros pueblos. Hemos pisado la tierra reverenciada donde se firmó el acta de Independencia y donde la voluntad del pueblo se cristalizó en ley; hemos estado al lado de la tumba de Washington y cruzado las llanuras silenciosas sobre las cuales diríase que aletea el espíritu de Lincoln como un recuerdo de inmortal fragancia, y estamos ahora sobre el suelo consagrado por dos veces a la libertad, donde por primera vez el hombre luchó y sufrió y murió por la libertad de la tierra, y, más tarde, por la libertad del esclavo. Hemos visto vuestros campos sin límites que encierran la promesa risueña de la cosecha venidera. Hemos visto vuestras ciudades diligentes y magníficas y vuestros talleres laboriosos, y hemos sentido el latido conquistador de la vida en el campo y en la ciudad, donde quiera que hemos ido; hemos visto las multitudes prósperas, los hogares felices y los mercados llenos de animación; hemos visto

los mares errantes en su peregrinación eterna y los océanos encerrados en el interior; y se nos ha dicho que todo ese prodigio no constituye sino la orla de la clámide imperial, que más allá, en todas las direcciones, el milagro se extiende, inconmensurable y resplandeciente.

Y sabemos que una obra semejante sólo pudo realizarse bajo el ala protectora de la libertad, y que vuestro tesoro esencial, mucho más precioso que vuestra riqueza y vuestro progreso, se encuentra en los principios de libertad e igualdad de vuestras instituciones y en vuestra lealtad hacia esos principios. Si vuestra lealtad desapareciera, vuestra grandeza se esfumaría como un sueño soñado de día..... Y así os decimos adiós. Raya un alba perpetua en el horizonte, pues la labor de los hombres no tiene fin y cada esfuerzo noble es un sol naciente. Que nuestro esfuerzo signifique la unión de América en beneficio de la libertad del hombre.

S. PÉREZ TRIANA.

(*Hispania*. Londres.)

BÉLGICA

DE los tres claros nombres de nación que han hecho resonar, en signos de armonía, las músicas marciales* que acabáis de oír, permitidme que destaque, para que aparezca el primero en la expresión verbal de nuestra ofrenda, el menos vinculado a fuerza materia, y a deslumbrante gloria: el nombre de Bélgica. Quien fué el primero en la resistencia sobrehumana, quien lo es en la magnitud del sacrificio, séalo también para la simpatía que busca mitigar el dolor. Y porque en el corazón de Francia la generosidad es la naturaleza misma, y porque la libre Inglaterra tuvo siempre el tono y el sentido de una caballeresca dignidad, me parece que de ellas parte espontáneamente el noble ademán que nos invita a conceder la prelación en el recuerdo, como tendrá la predilección en la historia, al

* La *Marsellaise*, el *God save the King*, y la *Brabançonne*, ejecutadas en una gran velada que no ha mucho se celebró en Montevideo, para reunir fondos con que aliviar el dolor de los heridos de Francia, Inglaterra y Bélgica.

pueblo incomparable que las ha escudado con su pecho, y que ha de ser, de hoy en más, entre ellas, prenda inmortal de fraternidad y de alianza.

Bélgica era, en las representaciones habituales de nuestra imaginación, el taller doméstico, todo paz y virtudes, que disfrutaba su áurea medianía en seguridad inviolable. Bélgica es ahora el altar hmeante y sangriento del valor sublime. De ese sosegado fondo de granjas y dehesas, donde renace, magnificada, la Arcadia pastoril; de fábricas que ennegrecen la niebla y barcos que cortan los ríos indolentes; de primorosos jardines y casas pulquérrimas, en suma, de trabajo apacible, que a alguno puede parecer opaco y sin vuelo, se ha adelantado de súbito la máscara trágica de las Iliones y las Zaragozas. ¡Transfiguración extraordinaria, que recuerda cuando del plácido heno amontonado y oliente a la bondad de la tierra, se levanta y difunde la llama del incendio, con el irrefrenable impulso del rayo! ¡Reveladora enseñanza para los que imaginan que la energía de la guerra ha menester cultivarse por sí misma y en ejercicio de su propia obra de destrucción y muerte, en vez de brotar, a su hora, de aquella fundamental y ar-

mónica energía que, templando los resortes del carácter social, forma la voluntad para las artes pacíficas e inspira los ejemplos del valor civil!

Difícil es encontrar en la memoria el parangón a la grandeza de esta Bélgica que ahora conocemos. Todo cuanto puede contribuir a enaltecer la acción humana, por los sentimientos que la animen y el término a que se dirija; todo cuanto puede tender a embellecerla y glorificarla por la heroica fiereza como se manifieste, todo se congrega en Bélgica y realza esta inenarrable tragedia de su historia. En los mayores portentos del pasado, en los más clásicos y nobles, falta esa armonía y perfección de estatua guerrera. Cuando no hay lugar para la duda en la justicia de la idea porque se combate ni se percibe desigualdad en el denuedo ni sombras de iniquidad y alevosía empañan el esfuerzo fundamentalmente generoso, queda a la crítica tomar por blanco la calidad del pueblo combatiente: la turbulencia de sus inclinaciones, la rudeza de sus costumbres, su inferior condición, respecto del extranjero que le oprime o del invasor que le amenaza. Aquí, ni una mácula, ni un pretexto, ni una diferencia siquiera en valores de ci-

vilización. Nada falta a la gloria de Bélgica; nada puede restarse a la soberana razón de que ella irradia. Es éste el más ejemplar conjunto de hombres defendiendo el más sagrado de los derechos con el más alto y constante de los heroísmos.

Pero, después de todo, ¿por qué hemos de asombrarnos de esta marcialidad indomitable, ni considerarla allí nueva? Y ¿por qué se imaginaría el invasor que ese llano suelo de Flandes había de encorvarse a su paso, como el lomo del caballo que conoce a su dueño?..... Para desengañarle habría bastado que compareciese en su imaginación el simulacro heroico de aquella Flandes, erizada de hogueras y patíbulos, en que se resolvió, para la libertad, el porvenir de Europa, frente al otro soberbio imperialismo de Felipe II. Bruselas, Amberes, Lovaina, Mons, Gante, Malinas, no fueron siempre, por cierto, nombres de paz. Esas ciudades de mercaderes y artesanos, ya eudurecidas, desde su nacer, en la diaria defensa contra las águilas feudales, se iluminan de sangrienta luz en la guerra por la protesta religiosa y la autonomía política. Si la resistencia extinguióse en ellas, para concentrarse en la emancipada Holanda, fué sólo cuando el

cadalso y la emigración las dejaron en soledad que convirtió en agrestes patizales sus calles populosas. Todas esas ciudades aprendieron, hace tres siglos, la ciencia de sufrimientos y energía en que hoy ilustran al mundo; todas ellas conocieron, sin envilecerse, el brutal ultraje del saqueo, la humillante tortura de la exacción, el trágico espanto de las matanzas. Amberes caída pensará que vuelven sobre ella los días de horror en que los tercios de Alejandro Farnesio ciñéronle, en cruento delirio, palma de elección entre ciudades mártires. Y en la Bruselas que custodian, desde el bronce, las sombras de Egmont y de Horn, el paso de las patrullas imperiales ha de despertar, en cada ángulo de piedra, los ecos del glorioso grito rebelde de aquel "Vivan los gueux", que allí resonó por vez primera y fué la consigna de las muchedumbres insurrectas que, ostentando como blasón de democracia las apariencias de la mendicidad, el sayal ceniciento y la escudilla de palo, dieron al estupendo siglo XVI una de sus páginas más bellas, y uno de sus triunfos mejores a la historia de la libertad humana.

No importa que el nuevo opresor domine, desde Lieja hasta Ostende, las ciudades de

Bélgica, y busque radicar entre sus despojos, signos permanentes de ocupación y de conquista. Más duraderas prendas de triunfo alcanzó el Duque de Alba, que, en la plaza de Amberes, pudo contemplar la estatua de bronce que le representaba hollando el pecho de los flamencos vencidos. Y estos vencidos de estatua se reincorporaron. Y ahora, alzándose del barro sangriento de sus campiñas desoladas, de los escombros de sus ciudades rotas, donde lo único verdaderamente irreparable serán las profanadas maravillas del tiempo, volverá Bélgica a su ser, radiante de esperanza con esos niños que están conociendo en la inocencia la virilidad del infortunio; acrisolada en su persona de nación por la solidaridad suprema del dolor compartido e inculpable. Volverá Bélgica a su ser. El sentimiento humano rechaza, en cuanto a esto, hasta la sombra de una duda; y si la duda cupiese, y semejante pueblo pudiera, en edad como la nuestra, ser testado del mundo por la primitiva razón de la conquista, no habrá conciencia de hombre libre que no prefiriera, una y mil veces, el cataclismo anárquico que hiciese saltar en hastillas los fundamentos de esta civilización, antes que la persistencia de un orden

de naciones en que fueran posibles tamaña iniquidad y tamaña vergüenza!

Entretanto, no es necesario esperar a la reparación ineluctable, para que la gloria de la nueva Bélgica quede consagrada y perenne en la conciencia universal. Más alto que la Esparta de Leonidas, porque el valor que aquí resplandece no es la facultad exclusiva, sombría, infecunda, que se cultivó artificiosamente en aquel monasterio de soldados; más alto que la Polonia de Kosciusko, porque el delirio febril de la anarquía no ha preparado la obra al hierro del conquistador; más alto que el México de Juárez, porque no ha habido manos propias que guiasen el caballo del extranjero; más alto todavía que la España alzada contra Napoleón, porque en las armas de estos invasores no se propaga el estímulo de libertad que atenúe la violencia conculcadora del derecho,—el nombre de Bélgica la mártir, Bélgica la heroica, Bélgica la inmaculada, perdurará en la mente de los hombres como el símbolo supremo del sacrificio varonil y del ánimo contendor de la fuerza.

Asociándonos, de este lado del mar, a su infortunio y a su agravio, nos parece estrechar su cabeza ensangrentada en el regazo frater-

nal de esta América que identifica su interés más caro con la universal inmunidad del derecho, y es la espectadora serena, pero no impasible, en la tragedia que domina el secular escenario de la humanidad.

Cuando el eje ideal de la civilización vacilara; cuando la arrebatada demencia de la guerra obscureciese del todo, en las más nobles razas del mundo, el sentimiento de aquellas nociones superiores que han guiado, entre parciales eclipses, la ascendente marcha de los pueblos: bien, verdad, derecho, justicia, aún quedaría, en la desolación de ese naufragio, el asilo de la conciencia americana. Cuidemos, dentro de cada uno de nosotros, nuestra parte en la reserva augusta que nos está confiada; y desde la paz y la distancia que nos comunican cierta semejanza de posteridad, juremos a Bélgica la mártir, a Bélgica la heroica, a Bélgica la inmaculada, gloria y amor en el corazón de América!

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

SOBRE EL DESTINO

EL Destino, el Sino, el Hado, la fatalidad o la Suerte, el *Ananke* de los griegos, el *Fatum* de los romanos, ha sido el eje, el quicio, de la concepción y del sentimiento trágicos de la vida. ¿A qué repetir una vez más que toda la tragedia griega está penetrada por ese sentimiento y esa concepción de la Fatalidad?

En el teatro cristiano—el inglés de Shakespeare, el nuestro, el castellano, de los grandes maestros del siglo XVII—ese Hado parece que se temple por el sentimiento del libre albedrío humano. Pero fijémonos bien y veamos si ese libre albedrío, si esa libertad, no es un nuevo sino, una nueva fatalidad.

Muchas veces he pensado si la concepción cristiana del libre albedrío humano, tal cual nos la presentan después de la caída de nuestros primeros padres, no es otra forma de la Fatalidad. La libre voluntariedad, el libre albedrío de los héroes del teatro cristiano—cuando le tienen y ejercen, que no es siempre—es una terrible forma de fatalidad. Hay algunos de ellos cuya verdadera tragedia es no poder dejar de ser libres de

ese modo. Recordad a Hamlet. ¡ Y a cuántas reflexiones no se prestan aquellas palabras del Sigmundo de *La vida es sueño*,

“¿Y teniendo yo más alma
tengo menos libertad?”

La lucha del destino contra la libertad es el nervio de la tragedia toda de la vida. O mejor aún, el problema del Destino, del Destino humano, es el fondo de la tragedia de la vida. Lo que hace trágica toda la vida humana, toda verdadera vida que sea verdaderamente humana, es el presentimiento, es la visión o la no visión íntima del Destino.

Pero no es de este Destino así, de este Destino trágico, con letra mayúscula, del que ahora quería decir algo. De ese Destino nunca puede decirse bastante. Y todo lo que de él se diga es como si no se dijera nada. Pero estamos trágicamente destinados a no poder no pensar en él. Es del otro, del destino con letra minúscula, del destino minúsculo, del cómico, no del trágico, del que quiero hablaros aquí ahora. ¿Cómico? No, no tan cómico. En cierto sentido tan trágico como el otro.

Sales, lector, de presenciar una de esas augustas tragedias que repercuten a través de los siglos, *Edipo Rey*, o *Hipólito*, o *Macbeth*, u *Otelo*, o *María Estuardo*, o *La Estrella de Sevilla*, o

Don Alvaro, o Los espectros, y al salir, pensando en el terrible todopoderío del Destino, un amigo, llevado de una asociación de ideas puramente verbal, de una identidad de vocablos, te dice: “¿Sabes?, a Fernández le han dado un destino en Hacienda”. La caída mental es tremenda.

Desde aquel altísimo, celestial Destino te encuentras de pronto ante un destino...! en Hacienda, o en Fomento, o en la Tabacalera!

A este destino minúsculo se le puede disminuir, llamándole un destinito. ¡Un destinito de ocho mil reales con descuento!

Y este destino minúsculo es para muchos todo el Destino humano. En torno a ese destino se devana la comedia de su vida. “Cómo se va a casar si no tiene todavía destino...”, se dice uno. ¡No tiene todavía destino! Pero en cuanto a alguien le han destinado ya a algo parece que no tiene más en que pensar.

¿Qué es en España un político? Un señor que reparte destinos. ¿Y qué es un ciudadano? Es decir, un ciudadano... ¡no! ¿Qué es en España un elector? Un pobre señor que busca un destino, ya para sí, ya para alguno de sus hijos. O que busca sostener el que consiguió.

“Pero, señor, ¿quién le meterá a ese hombre en eso?” o ís que se dice de uno de esos llamados espíritus inquietos a quienes les da de pronto la humorada de sentirse ciudadanos, hombres ver-

daderamente civiles, esto es, humanos, preocupados del Destino de su patria o siquiera de su aldea. Y se añade: “¿No tiene ya su destino? ¿Qué busca, pues?” Y no les digáis lo más sencillo, lo más inmediato, cual es que busca vivir, porque para los tales, para los que así juzgan, vivir es estar destinado en Hacienda, en Fomento, en la Tabacalera, o en otra función así. Vivir para ellos es eso, es estar colocado.

Y este minúsculo destino viene a ser, si bien se mira, tan trágico como es el otro, el gran Destino. Y lo más trágico del destino minúsculo, de la colocación, es que impide a los más encarar y ver el otro, el mayúsculo, el gran Destino. El catecismo de la doctrina cristiana que nos enseñaron en la primera escuela resuelve ese pavoroso y eterno problema del Destino como lo resuelve todo, con cuatro palabras y con una sencillez que por lo sencilla es tanto más trágica, y es que pregunta: “¿Para qué viene el hombre al mundo?” Y en un santiamén responde sin vacilar: “Para servir y amar a Dios en esta vida y gozarse después en la eterna”, y todo queda tan llano. Pero en la práctica de nuestra vida la contestación es otra: Es esta: “para obtener un destino...” en las oficinas que sea. Y ese destino puede ser de escribiente cuarto o de ministro. Es igual.

“Al fin, ¡ gracias a Dios !” oí exclamar una vez cuando, al cabo, le hicieron ministro de la corona a un desdichado que lo estuvo esperando y solicitando durante treinta años. Y ese pobre hombre—pensé—¿habrá alguna vez pensado en el Destino, en el otro, en el grande?

Esta lamentable clase media nuestra española, acervo de todo lo mediano, de todo lo mezquino, garba de pordiosería, de cobardía y de envidia, esta nuestra lamentable clase media—¡ y tan media !—española, vive uncida al yugo del destino minúsculo. La patria, cuyo supremo destino nada le importa, no es para ella más que una fábrica de destinos. Y en ella nacen todos predestinados a destinados, es decir, a borregos. Para eso se les educa; para eso se les instruye.

Desde que, mozo, entra en carrera el futuro funcionario público no piensa sino en el destino, pero en el minúsculo. Hay quien a los quince años tiene ya vocación de notario o de juez o de abogado del Estado o de médico de partido o de jefe de negociado de Gobernación. De lo que apenas tiene casi nadie vocación a los quince años es de ciudadano o de hombre de ciencia o de artista. Y menos de hombre. Alguno, por sentir a esa edad ya vocación de concejal o de diputado provincial o a Cortes o tal vez de ministro, se cree con sentimiento de ciudadanía, con conciencia política. Pero no es más que el destino.

¿Sabéis lo que hace tan triste la tristísima y monótona vida de nuestras viejas ciudades muertas? ¿Sabéis lo que hace que la alegría de su juventud sea una alegría puramente exterior, puramente fisiológica, como la del canario enjaulado a quien se le da alpiste en abundancia? ¿Sabéis lo que hace que en esas nuestras viejas ciudades muertas españolas languidezcan tristemente y se ajen los pocos, los poquísimos espíritus a quienes el presentimiento del gran Destino les quita el sueño de la vida? Pues es que esos jóvenes de nuestras viejas ciudades muertas no piensan más que en el destino minúsculo, en el que les permitirá casarse, vegetar servilmente y procrear hijos destinados a lo mismo. ¡Y este sí que es destino trágico!

MIGUEL DE UNAMUNO

(Nuevo Mundo. Madrid.)